

re obtener un puesto, á que cree tener derecho; es natural; pero entra en pugna con otros que no le guardan consideración ninguna y para quienes todos los medios son buenos. En sí mismo no encuentra ninguna razón para proceder mejor que los demás, y así, deja en libertad á las pasiones, y emprende una lucha contra todos cuantos le son hostiles, con los mismos medios de que ellos se valen, pero que saben manejar mucho mejor, gracias á su superioridad y á su práctica. No quiere, sin embargo, admitir un poder superior de que podría esperar auxilio, pues su mal espíritu le persuadió de que sería un inconveniente para su dignidad y su perfección humana el tratar de apoyarse en lo sobrenatural; por consiguiente, el resultado de aquella situación no puede ser más que el abatimiento al sentirse abandonado, sin protección ninguna.

8. La cuarta causa es el sentimiento de que no se tiene un fin, acompañado de falta de fe en Dios.—Mas para apreciar debidamente aquel estado, necesitamos considerar otro daño que el Humanismo causa al espíritu humano, y que colma la medida del mal.

Si el hombre enteramente aislado se abre paso por entre numerosos enemigos, evidentemente debe preguntarse á donde va; si permanece fiel á las enseñanzas del Humanismo, no puede encontrar respuesta alguna á esa pregunta, porque ha prescindido del fin último al seguir esa dirección, y, para hablar como Schiller, ha pasado el sombrío puente. Tiene ahora detrás de sí un abismo que por ningún camino puede evitar.

Será como un viajero en la situación de Stanley; no había creído que la ruta emprendida le había de conducir hacia tan poderosas tribus, aumentando cada día el número de enemigos, y teniendo como única perspectiva el combatir sin tregua, lo que es muy poco agradable. Sin embargo, no pierde el valor mientras pueda decir que cada nuevo combate le acerca al fin que persigue; pero ¿qué sucedería si se extraviara, si encontrara demolido el único puente que asegura su retirada permitiéndole pasar la

bramadora corriente del río? Sin duda combatiría aún, pero sin valor, sin esperanza, á lo más, con el valor de la desesperación. Viéndose perdido, querría vender su vida tan cara como le fuese posible.

Tal es la disposición de espíritu en el hombre á quien el Humanismo arrebató su fin en las luchas de la vida. Perdió la brújula que había de guiarle en el tempestuoso océano; todo gira en torno de él como un torbellino; no puede darse cuenta del fin y de la importancia del más simple acontecimiento, y quedan como barridas la civilización y la ciencia en que había tenido tanta confianza. Historia, filosofía, distinción, ecuanimidad, experiencia de la vida, todo le abandona; su falsa ciencia se limita á la prudencia de la sala de asilo en que Ibsen resume su manera de considerar la vida, «en que todo vacila, y es como un cuchillo en manos de un niño». ⁽¹⁾ Se defiende con heroísmo, pero su energía es la rabia del león acorralado; no es un valor tranquilo, reflexivo; es desesperación.

Sí, ¡desesperación! Esta sería la expresión exacta en vez de la palabra pesimismo; el más alto grado de desesperación es el que procede del sentimiento de haber perdido el fin y la esperanza de salvación, de haberse extraviado lejos del término.

Desde el momento en que la humanidad abandona la creencia en un fin último, se convierte en epidemia contagiosa el más grosero pesimismo. Ya Goethe expresó con claridad la dependencia que entre estos hechos existe: «Se levantó un velo ante mi alma, dice, y el teatro de la vida infinita se convierte en el abismo de una tumba eternamente abierta. No hay momento alguno en que no te consumas tú y los tuyos, ningún momento en que no seas destructor ó no debas serlo. Así vacilo atormentado, no viendo más que un monstruo que devora siempre y siempre rumia». ⁽²⁾

El *Breviario del pesimista* es todavía más claro cuando

(1) Ibsen, *Gedichte* (Passarge), 127.

(2) Goethe, *Werther* 1. *Brief vom 18 August* (*Werke* 1854, XIV, 62 y sig.)

dice: «Los fines de mi vida se desvanecieron todos; hace ya largo tiempo que pasaron las agitadas horas de un poder ambicioso; pasaron sin utilidad ni provecho. Todos los deseos me parecen burlas, y todas las aspiraciones un vano tormento». ⁽¹⁾

Tal es el desenvolvimiento lógico, y á la vez el justo castigo del Humanismo, prueba de que Dios aprecia la sanción según la culpabilidad de los hombres. Dijeron éstos: ¡Retírate de nosotros! ⁽²⁾ Quisieron quedar solos, bien que ninguno pueda tolerar hallarse solo entre hombres que le parecen peores que animales, en un mundo donde nada bueno encuentra y cuyo mejoramiento no se atreve á esperar. Dios escuchó sus votos, y la consecuencia fué ese estado de espíritu que pudiera creerse peor que los tormentos del infierno. El nombre que se le dió indica ya lo peor; no sabría el lenguaje humano inventar una palabra más horrible que la de pesimismo. En sus leyendas, los antiguos hacen castigar á Prometeo, el traidor á la divinidad, por un águila que le desgarró el pecho y el hígado; ese castigo no acaba nunca, porque lo devorado durante el día renace por la noche. Dante nos muestra á los traidores desgarrándose mutuamente por toda la eternidad en el fondo del infierno. Ningún buitre, ningún enemigo ejerce contra el pesimismo esas horribles torturas; él mismo es su propio verdugo con impotente y eterna rabia.

9. Historia del pesimismo.—Y esa disposición de espíritu es la filosofía y la religión de nuestra época; de tal modo aumentó la literatura del pesimismo, que constituye una verdadera plaga.

Como hemos dicho, siempre hubo corazones acres y desolados. Los griegos tenían ya su pesimismo; no queremos hablar de gentes como Hegesias, que no daba más valor á la vida que á la muerte, y cuya sabiduría se resumía en la sentencia de que no hay felicidad, y que es lo mismo el placer que el sufrimiento; ⁽³⁾ pero, fuera de tales casos ais-

(1) *Pessimistenbrevier* (2), 96 y sig.

(2) Job, XXI, 14.—(3) Diog. Laert., 2, 86, 93, 94.

lados, todo el desenvolvimiento de la civilización antigua acaba generalmente en el estoicismo, es decir, en el desprecio de los hombres y el disgusto de la vida.

En el Imperio romano se había puesto de moda y se consideraba de buen tono esa doctrina. La filosofía de la historia con que empieza su obra Tito Livio, el concepto filosófico de Tácito, las palabras de Séneca: «Enseña la experiencia que los hombres son malos, y no hay esperanza de que sean nunca de otro modo», ⁽¹⁾ tienen mucha analogía con las ideas modernas. Marco Aurelio defiende un concepto de la vida que está de acuerdo con la inscripción infernal del Dante: ¡Perded toda esperanza! ⁽²⁾

La civilización de los árabes, tan alabada, tiene también su pesimismo. Uno de sus principales representantes es Ma'arrí, según el cual, la existencia es incomprensible é intolerable; imponer á cualquiera los sacrificios propios de la vida, es una falta que no puede ser jamás perdonada á los padres. ⁽³⁾

Pero lo más triste que hasta ahora se conoció es el budismo. Según este sistema religioso, el archipecado,—las palabras pecado hereditario no tienen aplicación en él,—es no sólo causa de haber tanto mal en el mundo, sino la razón de la vida misma, la razón de la existencia, la razón de la peregrinación eterna aquí abajo, la razón de todas las pasiones, la razón de la muerte. Gracias al pecado, esta existencia es un océano infinito de miserias, lleno de ruinas por los cuatro ríos envenenados; nacimiento, vejez, enfermedad y muerte; sólo queda la esperanza del Nirvana, del aniquilamiento, de la ruina del espíritu independiente, que sabría consolarnos, aunque tuviéramos que esperarle durante millones de años. ⁽⁴⁾

Es ciertamente una idea terrible. Prescindiendo de que no podía subsistir largo tiempo, pues también entre los

(1) Séneca, *Benef.*, 1, 10, 3.

(2) Marco Aurel., 8, 4, 5; 7, 71; 9, 17, 19; 10, 27.

(3) Kremer, *Culturgesch. des Orients unter den Kalifen*, II, 394.

(4) Kœppen, *Religion des Buddha*, I, 289 y sig.

budistas debió sustituir al Nirvana la idea de la Sukhavati, del Paraíso, como recompensa de una vida tan penosa, no puede ser comparada, en su espantosa forma, al moderno pesimismo. Verdad es que en el budismo la vida no se diferencia de la miseria, y que, según él, como en Ma'arrí, nuestra existencia es un crimen; sin embargo, algo nos reconcilia con esos errores el que sus autores admiten que no debería ser así, y que es una desgracia el que así sea.

Pero nuestros actuales pesimistas maldicen la esperanza, blasfeman contra la paz y el consuelo, y no quieren ni reposo ni siquiera perspectiva de liberación. Como un tigre enjaulado que embiste los hierros de su prisión, así ellos están furiosos contra su suerte y la del mundo, que consideran, sin embargo, como inevitable y conforme á la naturaleza y á la razón. Sus esfuerzos no tienen más que un fin; ni gozan más que con ver que las cosas van mal y que empeorarán cada día. No deploran, y nadie lo niega, que haya en el mundo mucho mal junto con mucho bien, y que el mal cause muchos estragos; pero no quieren admitir que haya el más pequeño bien en el mundo. Su mayor dolor,—le llaman por esto dolor universal—es que no pueden ponerse de acuerdo en si harían mejor reduciendo el mundo á ruinas, ó producir en él una corrupción irremediable; pero lo más monstruoso es que hasta ahora á nadie se había ocurrido, ni siquiera á Timón y á Bodhisattva, que las cosas están bien como son. Que la felicidad no exista para el hombre, que sea necesario el mal, que el pecado sea la fuente de la vida, como dice Leroux, ⁽¹⁾ es un error de que no eran capaces Mahadarmaratshita, Madhyantika, Dsong K'haba.

Desenvolviendo las ideas de Spinoza y de Hobbes, Schopenhauer hizo del pesimismo, en su más reciente forma, un cuerpo de doctrina, ⁽²⁾ y precisamente por ella—mal signo de la época—se conquistó tantos admiradores.

(1) Jul. Schmidt, *Gesch. der franzoes. Literatur*, II, 598.

(2) Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, I, § 55 y sig.; II, § 45, 46, 48; (3 Aufl.) I, 363 y sig.; II, 648 y sig.; 690 y sig.

El mundo, dice, no es más que apariencia; la única realidad por la que pueden las cosas despertar á lo menos la idea de una existencia, es la maldad general y sin límites, porque, en efecto, el mundo es el lugar de todos los males, de todos los sufrimientos, de todas las miserias, de todas las bajezas; pero describir lo que es teatro de su debilidad, de su estupidez, de su vulgaridad, el hombre mismo, ninguna lengua es capaz de hacerlo, ni siquiera Schopenhauer. Todo lo que sabría decir es que estaba separado por una distancia considerable de aquellos con quienes tenía que vivir: los hombres ordinarios le parecían perros ó lobos; los que ocupaban un puesto en la historia y habían causado algunos males más que los otros, le parecían diablos. ⁽¹⁾ El resumen de su vida práctica fué estar en guardia contra los cinco sextos de bribones, locos ó imbéciles de que se compone la humanidad, según dice. Por eso guardaba cuidadosamente su dinero, tenía siempre una espada y una pistola junto á su lecho, no confiaba jamás su cabeza á un peluquero, ni tomaba rapé, por temor de ser envenenado. ⁽²⁾

Lo más extraño es que, á pesar de todo, no quería abandonar el principio de que eso era necesario é inevitable por naturaleza. La verdad es, decía, que debemos ser miserables y lo somos, ⁽³⁾ porque lo que constituye la naturaleza son esfuerzos continuos y sin resultado. El fundamento de toda volición es la necesidad y la indigencia; elementos constitutivos de la vida humana son el dolor y la tristeza. ⁽⁴⁾ no hay esperanza de cambiar, no hay mejora ni progreso grandes ni pequeños, como no los hay en el carácter del individuo, por lo cual nada existe digno de nuestros esfuerzos. El mundo es lo peor que hay; en rigor puede todavía existir, no obstante su miseria, pero ya no podría si fuese un poco peor. ⁽⁵⁾ Todos sus bienes son vani-

(1) Schopenhauer, (3) II, 660 y sig.

(2) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (3), 229 y sig.

(3) Schopenhauer, *loc. cit.*, (3) II, 660.

(4) *Ibid.*, (3) I, 367 y sig.

(5) Schopenhauer, (3) II, 667.

dad y nada; está, pues, en completa bancarrota; la vida es un mal negocio que ni siquiera cubre los gastos de explotación, y nosotros, los hombres, para hablar como Voltaire, sólo existimos para ser devorados por el tedio, absolutamente como las moscas están destinadas á ser alimento de las arañas. ⁽¹⁾

Según eso, nuestra existencia es un mal; el querer vivir es hasta un crimen. Apenas podría dudarse de sí, en este deseo y esta alegría de vivir, no son mayores que el crimen, la vulgaridad y la locura: pero es seguro que únicamente los hombres de genio, y son muy contados, comprendieron que nuestra única misión es despreciar todo lo que existe fuera de nosotros, aniquilar en nosotros mismos el deseo de vivir, y llegar, por consiguiente, como Haym dice, ⁽²⁾ hasta el suicidio de la voluntad.

Podría creerse que todo corazón en que todavía haya una gota de sangre sana, se rebelaría contra tales enseñanzas; pero en vez de eso, ellos son los que influyen de un modo contagioso en nuestra época, y llevan siempre á ese autor, tan poco amable durante su vida, nuevos adoradores y nuevos discípulos después de su muerte. Poco falta para que se realice la profecía de Schopenhauer, y se le erijan en todas partes templos y altares. Y tal como es él, tales son los que le siguen. El inglés W. Harrell era todavía joven y casi desconocido antes de publicar su obra *¿La vida merece el sacrificio de vivir?* Pero en cuanto apareció ese libro, fué ya el autor una celebridad y el héroe del día. No nos equivocáramos, pues, mucho, ni sería demasiado duro el juicio, si creyéramos en un vasto envenenamiento. Creemos también que si el abandono de Dios fuese castigado de esa manera en la eternidad, lo sería suficientemente. Á la verdad, Dios no tendría más que hacer quedar eternamente en la tierra hombres que practicasen la filosofía de Schopenhauer, y no habría necesidad de otro infierno.

(1) Schopenhauer, *Ibid.*, (3) II, 658.

(2) Haym, *Artur Schopenhauer*, 35.

10. Resultado final del Humanismo.—Al llegar aquí, involuntariamente ocurre preguntar si una persona de juicio puede mantener con verdadera convicción esas doctrinas; no nos atrevemos á responder, y dejamos que juzgue á los hombres Aquel que se reservó ese derecho.

Puede también preguntarse si tales resultados no bastan para hacer que la humanidad abra los ojos y conozca su situación. Cuando andaba errante en las tinieblas de su propia fantasía, únicamente ocupada en sí misma; cuando procuraba subir á las alturas, confiando en el resultado de su perspicacia, no fué posible disuadirla de que, siguiendo esa ruta, llegaría á términos mucho más hermosos que aquellos á donde conduce el sendero de la fe menospreciada. Ahora, llegó ya á la cumbre por que tanto suspiró, y ¿qué ve? ¿Qué conquistas ha hecho? No necesitamos decirlo nosotros mismos, podemos dejar que hable Shelley, ⁽¹⁾ uno de sus más audaces representantes. «¡Buitres, que habéis fabricado vuestro nido sobre los techos del porvenir, mirad y ved esperanzas sobre esperanzas muertas! ¡Oh mundo, oh tiempo, oh vida, en cuyo último escalón estoy, me estremezco al considerar lo que dejo! ¡Volverá nunca el tiempo de vuestro esplendor? ¡Ah! ¡no! ¡Nunca jamás!»

Según todas las reglas de la prudencia, una sola cosa habría que hacer: retroceder lo más pronto posible y buscar de nuevo las antiguas vías que tan insensatamente fueron abandonadas. Pero el volver y la reparación hieren el orgullo humano. Aquí nos encontramos con un gravísimo inconveniente: el que se equivocó prefiere quedar tendido en la cumbre helada donde se halla y aguardar estúpidamente que llegue el momento en que aumentará el número de los cadáveres de esperanzas que allí yacen, y en que será presa de los buitres de desesperación que á bandadas se ciernen sobre él.

Así se explica fácilmente la disposición de espíritu en que están aquellos que dan el tono á nuestra civilización; se equivocaron de un modo funesto; engañaron al mundo,

(1) Shelley, *Gedichte* (Seybt), 348 y sig.

y, sin embargo, no quieren confesarse culpables. Es tal vez un poco duro, pero es justo el juicio de Liebmann al decir que el pesimismo es una mezcla de malestar y de orgullo, disgusto por no haber podido saciarse, y una tentativa para aplacar la conciencia indignada haciendo ostentación de arrepentimiento. ⁽¹⁾ Por lo demás, se le puede llamar endurecimiento también y con más justicia.

En unos, respondiendo así á sus aptitudes más vigorosas, ó acaso también más groseras, toma el carácter de cólera impenitente, de disputa con todo lo que encuentran. En tal estado de ánimo se hallaba Shelley ⁽²⁾ cuando expresaba su menosprecio del mundo en estos poco nobles términos: «Semejantes á los perros que aullan viendo las nubes revueltas en confusa mezcla huir como fantasmas en el cielo iluminado por la luna, burlémosnos de las sombras de esta tierra».

La rabia de la sombría y dura desesperación que manifiesta Immermann en términos horribles es todavía más repulsiva, más espantosa, por no decir más infernal, pues dice: «¡Retírate, oh Dios, á tus profundidades; que sólo el diablo quede con nosotros! Mi vista penetra hasta el abismo del infierno. En un trono construido por los dolores, en una pradera de eternos tormentos, está el valeroso gigante, en torno suyo están los sombríos héroes, y el infierno entona á su rey un himno de alabanzas. El torrente de todos los males rodea aquellos magníficos dominios. Maldito sea el cielo; maldita la tierra; maldito cuanto se llama vida». ⁽³⁾

Otras naturalezas más débiles expresan el mismo sentimiento de decepción con interminables quejas ó con un desfallecimiento impotente en la ruina que ellos mismos escogieron, conmoviéndonos casi más penosamente que la salvaje rabia del oso caído en el hoyo. Así acabó el desdichado Leopardi, que exhala el último aliento de su vida pronun-

(1) Liebmann, *Kant und die Epigonen*, 198.

(2) Shelley, *Gedichte* (Seybt), 285.

(3) Immermann, *Merlin* (Reclam), 22.

ciando estas palabras terribles: «Corazón fatigado, vas á descansar eternamente. Ha desaparecido la última ilusión; en otro tiempo se la creía bella y eterna, ahora está marchita y entregada á los caprichos del viento; con ella desapareció toda esperanza. ¡Descansa, pues, para siempre! Bastante fué tu agitación: ¿Hay algo que merezca tus anhelos? ¿Es digno siquiera de un suspiro este mundo corrompido, en que el desierto es el camino del viajero, y en que hasta las delicias son desgracia? Queda, pues, en paz; desesperación, será tu última palabra, como putrefacción es también la última palabra del destino. Despréciate á ti, á la naturaleza y al poder que reina en sombría noche con general perjuicio; porque todo es vanidad». ⁽¹⁾

Con esas palabras llega á los últimos límites de lo posible la evolución de las doctrinas humanistas. Todos pueden ver á donde conduce una ruta que se sigue hasta el fin; las desdichadas víctimas que hizo lo vieron demasiado tarde; pero demasiado tarde, porque no querían retroceder.

Estas dolorosas pérdidas fueron, sin embargo, para la humanidad de algún provecho, pudiendo aprender en ellas á donde conduce inevitablemente esa falsa manera de pensar y esa tendencia de la vida. No se puede expresar esto mejor que lo hace el poeta, no sospechoso ciertamente de haber hablado así por convicción religiosa ó por prejuicios morales: «Llegará un día en que la tierra y el disco de la luna rodarán en el éter como abrasadas escorias cuando las haya consumido el rayo del juicio final. Como fúnebre himno junto á una tumba abierta, se elevará de las estrellas un canto; para la tierra que temblará será una maldición horrible la armonía de los astros, será una grave exhortación».

«Todo quedará mudo: si algún sonido intentara cantar la belleza perdida, acompañaría sus vibraciones la burla del infierno, y como cortante acero taladraría el corazón abandonado de Dios, que lo escuchara. Así, desgraciada

(1) Leopardi, *Cantici e poesie scelte* (Parigi, 1841), 143.